

Violencias que oprimen y resistencias que emancipan: los Estudios Culturales como fuente de conciencia crítica para una Educación Intercultural.

Jorge Belmonte Arocha y Silvia Guillamón Carrasco. Universitat de València.

El trabajo de Paulo Freire y su énfasis por definir la cultura y la educación como un campo de lucha política por el significado, en el que se encuentran dialógicamente diversidad de discursos y experiencias, resulta convergente con los planteamientos de los Estudios Culturales acerca de las relaciones entre poder y cultura en la construcción social de las identidades. Al igual que Freire, los Estudios Culturales nunca son neutros o imparciales en su análisis de las relaciones de poder, sino que toman partido por los oprimidos, su seña de identidad como campo transdisciplinar frente a otras disciplinas convencionales es su compromiso explícitamente político. También comparten con Freire una concepción “antropológica” y no “esencialista” de Cultura, que no distingue entre “alta” y “baja” cultura, sino que entiende ambas como producciones simbólicas humanas.

Éstas y otras convergencias entre Freire y los Estudios Culturales pueden rastrearse en diversos textos (Freire, 1990; McLaren, 1997; Giroux y McLaren, 1998; Giroux, 2003; Da Silva, 2000; entre otros), y pueden argumentar el uso pragmático de los materiales producidos por los Estudios Culturales, en sus versiones etnográficas o textuales, para poner en práctica acciones educativas, con adolescentes y adultos, de alfabetización en cultura audiovisual y concientización crítica que problematice la construcción y representación de violencias, opresiones, identidades y diferencias culturales.

La Violencia es uno de los síntomas o correlatos más explícitos y sangrantes de la Opresión. La Violencia, tanto Física como Simbólica, tiene multitud de causas, conexiones, manifestaciones... resultando un concepto complejo y un término polisémico, pero, en todo caso, un indeseable compañero de viaje del ser humano, un grave problema, central en la agenda de toda Educación. Uno de los muchos y variados motivos de Violencia es el rechazo “del otro”, del “diferente”, del que se percibe como ajeno y peligroso.

La Xenofobia es el miedo y rechazo del “otro”, de una alteridad muy relacionada con la construida por el Racismo, pero no basada en la ficción biológica de la “raza” sino en la “extrañeza”, en la “extranjería”, en la “diferencia cultural”: el “otro” es diferente mientras siga pareciendo “extraño”, mientras siga manteniendo su “Identidad/Diferencia Cultural”, desde la visión xenófoba no se trata sólo de que cumpla unas mínimas normas de convivencia o de que se ajuste a los derechos y leyes, pero tampoco de que su “raza” innata lo haga permanentemente diferente, su alteridad podría desaparecer al alto precio de la renuncia total e injustificada a su Identidad Cultural, a cambio de la Aculturación.

Racismo y Xenofobia, pese a sus diferencias, tienen en común la construcción discursiva de un “otro” como objeto de Violencia. Como nos muestra una “Genealogía del Racismo” (Foucault, 1992), tomando las guerras como antecedentes históricos, se trata de utilizar la ficción biológica de la “raza” para argumentar el derecho a “matar”, no sólo en sentido estricto, sino también en el sentido político, a través de la expulsión o la exclusión. Tanto el “Discurso Racista” como el “Discurso Xenófobo” buscan por

tanto construir una ficción que pretenden real, basada en su interpretación de la “Diferencia”, que les “legitime” para ejercer la Violencia contra “el otro”.

Para promover la conciencia crítica sobre la Violencia Xenófoba o Racista, y su necesario tratamiento educativo en diferentes niveles y ámbitos, acudimos a los Estudios Culturales, a su concepción de Identidades/Alteridades y a su uso pragmático y crítico de la “Cultura Audiovisual”, más concretamente a la variedad que se sirve del análisis textual; en este caso partimos del film *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982) como recurso para una Educación Intercultural en el Respeto a la Diferencia.

En el género de la ciencia-ficción distópica contemporánea se incluyen tanto el film *Blade Runner*, como la novela en que se basa, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (Dick, 1992, publicada originalmente, en inglés, en 1968). ¿Cine negro posmoderno?, ¿ciencia-ficción metafísica?, ¿fetiche icónico de fin de milenio?... se preguntan Marzal y Rubio (2002), y, de acuerdo con ellos, podemos afirmar que *Blade Runner* quizás participe de estos y otros aspectos, pero, en todo caso, se ha convertido en un film “de culto” que, tras su fracaso de público y crítica en el momento de su estreno, ha despertado el interés, analítico y reflexivo, de académicos y videoespectadores en general de todo el mundo. Un film de culto posmoderno, por tanto.

El argumento de *Blade Runner* parte de la huida de un grupo de “Replicantes” (seres creados por ingeniería genética como “réplicas” de los humanos, pero con cualidades que les hacen, a la vez, superiores e inferiores a los mismos) de las colonias planetarias a las que habían sido destinados. Los “Replicantes” vuelven a la Tierra (lugar prohibido

para ellos) con el fin de averiguar cuánto les queda de vida (su duración está predeterminada para ser inferior a la de un ser humano normal) y cómo poder prolongarla. Para ello intentarán llegar hasta el Dr. Tyrell (científico que los diseñó y propietario de la empresa que los construye), pero la policía procurará impedirlo poniendo tras su pista a un “Blade Runner” (Deckard, un “cazador de replicantes”) para que los localice y elimine. El “Blade Runner” (retirado, pero obligado a ejercer de nuevo para esta última misión) será el protagonista de la historia, cuya acción girará alrededor de las dificultades para cumplir su tarea, dadas las especiales características de sus “presas” (apariencia humana y fuerza sobrehumana), y la relación amorosa que le une a la única “Replicante” (Rachael) que vemos, finalmente, seguir con vida.

Vamos a centrar el análisis de *Blade Runner* en la reflexión acerca del carácter construido de la subjetividad, la identidad y la diferencia, y en la falsa legitimidad de la violencia contra “el otro” que se deriva de dicha construcción, y que podemos interpretar como metáfora del racismo y la xenofobia que despierta la inmigración en algunas personas y colectivos.

El tema principal del film es la discusión de la categoría binaria: humano/no-humano (replicante), y que podemos traducir como yo/otro, como identidad/diferencia, y más metafóricamente, como nacional/inmigrante; a partir de esta diferenciación se plantea el ejercicio “legal” de la violencia del “uno” sobre el “otro”, del “Blade Runner” como “brazo armado de la ley”, sobre los “Replicantes” como “ilegales”. El film nos lleva, a través de la trama, hacia un enfoque desencializante, desnaturalizador tanto de la “identidad”, como de la “diferencia”, y deslegitimador así de la violencia basada en ellas.

Se nos presenta a los “Replicantes” como seres creados voluntariamente, instrumentalmente, por los humanos, como réplicas de sí mismos, a través de la ingeniería genética. Son por tanto “seres artificiales”, pero, a diferencia de otras modalidades de “androides”, típicas de la ciencia-ficción, cuya materialidad es “metálica”, la de estos es “carnal”, su apariencia es totalmente humana, lo cual ya parece empezar a cuestionar su “no-humanidad”. Sin embargo, sus creadores los han diseñado expresamente para ser “no-humanos”, “réplicas instrumentales”, “esclavos artificiales hipersofisticados”, por lo que les han determinado genéticamente una serie de características que chocan con su apariencia humana: por un lado, una fuerza, resistencia, agilidad... y demás cualidades físicas, sobrehumanas; y, en contraste, la infradotación de pasado, al haber sido creados ya adultos y operativos, y de futuro, al limitar su duración a cuatro años, condenándolos a una muerte prematura.

La intención de los diseñadores humanos es que los “Replicantes” resulten así más útiles y manejables, y decididamente “no-humanos”, ya que, con un planteamiento de “determinismo genético”, esperan que su corta vida, la reducción de pasado y futuro, les haga incapaces de experimentar emociones, de desarrollar conciencia y subjetividad, de desear rebelarse... en definitiva: de ser humanos; con las maquiavélicas ventajas “prácticas” y “morales” que ello parece prometer para su “utilización”, y, cuando es necesario, “eliminación”.

Pero los “seres humanos” no “nacen”, sino “se hacen”. Así, el determinismo genético falla, y los “Replicantes” empiezan a desarrollar sentimientos, solidaridad entre ellos, una extremada autoconciencia... y se rebelan. Desde un enfoque construccionista no nos

sorprende, ya que pese a carecer de infancia, de familia “natural”, y a haber sido creados en un laboratorio, tienen la base neurológica indispensable, y lo que es más importante, disponen de lenguaje, capacidad para aprender, comunicarse y relacionarse, y el tiempo suficiente, aunque limitado, para hacerlo. Además, los creadores les “implantan” recuerdos biográficos falsos, apoyados en fotos familiares trucadas, cuando lo consideran necesario para su mejor funcionamiento; lo hacen sin prever que la dotación de ese “falso pasado”, que les servirá de base identitaria (al fin y al cabo, todo pasado es “falso”, la memoria es constructiva...), sumado a las relaciones que establecen entre sí, y al conocimiento de su condición y caducidad, les bastará para desplegar una inquietud existencial y conciencia de sí, que desembocará en unas violentas “prácticas de resistencia” contra las “relaciones de poder” que les “subjetivan” como “Replicantes”.

Así, tanto los “Replicantes” huidos de las colonias: Zhora, Pris, León, y su líder Roy, como la “experimental” Rachael (secretaria de Tyrell, y de “caducidad” indefinida), son tan “humanos” o más (su actitud intensamente “existencialista” y “vitalista” a la vez, les hace “demasiado humanos”) que los “inhumanos humanos” que los crean, utilizan, desprecian, y eliminan sin piedad. Tanto los “Replicantes” como los “Humanos” son “Naturales” (“nacidos”, de una u otra manera...) y “Artificiales” (“construidos” social, cultural y tecnológicamente, de una u otra forma...), por ello, “cyborgs” todos. No es cuestión de “esencia”, sino de “existencia” y “experiencia”, de “prácticas de sí”. Esa es la principal lección que nos enseña *Blade Runner*, indesligable de sus consecuencias éticas y políticas; lección que el protagonista, Deckard, el “cazador de replicantes”, pese a su condición inicial, parece aprender finalmente.

De acuerdo con Marzal y Rubio (2002), la cultura de la insolidaridad, del egoísmo e individualismo mercantilista, de la coacción y la violencia, y de las relaciones instrumentales, es la que marca el desarrollo del relato y sus conflictos. Encontramos un relativo “final feliz” en la solidaridad del reconocimiento del “otro”, que muestran el “Blade Runner” Deckard, al enamorarse de la “Replicante” Rachael y salvarle la vida, y recíprocamente, la propia Rachael al salvar a Deckard del ataque del “Replicante” Leon; así como, muy especialmente, el líder de los “Replicantes”, Roy, al identificarse con Deckard, y por extensión con todo ser vivo, y salvarle la vida en un acto de generosidad y trascendencia final, justo antes de su propia muerte. Podemos afirmar que estos actos de solidaridad funcionarían en el relato como “prácticas de resistencia” (en sentido foucaultiano) contra las “prácticas de subjetivación”, como “Humanos” y “Replicantes”, instituidas por las “relaciones de Poder/Saber” vigentes en el ficcional marco sociohistórico descrito por el film.

Como señala Javier de Lucas (2003), la pretendida imposibilidad de aplicar las categorías de “humanos” y “derechos humanos” a los “replicantes” que nos plantea inicialmente *Blade Runner*, sirve de oscura metáfora crítica del tratamiento que nuestra sociedad da a los inmigrantes. El discurso racista y xenófobo privaría a los inmigrantes de su “humanidad”, de sus “derechos”, para volverlos “no-sujetos” susceptibles de exclusión y violencia. Frente a los discursos racistas-xenófobos, se propone una Educación para la Convivencia y el Respeto a las Diferencias, que habrá de ser una Educación Intercultural, la cual haga una valoración crítica y constructiva tanto de las demás como de la propia cultura, y reconozca el enriquecimiento potencial de los intercambios y contactos entre ellas, excluyendo por completo la legitimación del uso de cualquier tipo de violencia como norma de relación. Esa Educación Intercultural

encontrará una estupenda “caja de herramientas” (en sentido foucaultiano) en los films como *Blade Runner* y en el análisis que de ellos hacen los Estudios Culturales, tanto para trabajar con alumnos de Secundaria, Bachillerato, Formación Profesional y Universidad, como en la Formación de Profesores, o en actividades de Educación No Formal y de Adultos.

Referencias bibliográficas

Belmonte, J. (2003) “Cine y Posmodernidad: Análisis Psicosocial de *Blade Runner*”, en *Encuentros en la Psicología Social*, 1 (2) pp. 312-315.

Da Silva, T. T. (2001): *Espacios de Identidad. Nuevas Visiones sobre el Currículum*. Barcelona: Octaedro.

Dick, PH. K.(1992) *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Barcelona: Edhasa.

Foucault, M.(1992) *Genealogía del Racismo*. Madrid: La Piqueta.

Freire, P. (1990) *La Naturaleza Política de la Educación. Cultura, Poder y Liberación*. Barcelona: Paidós.

Giroux, H. (2003) *Pedagogía y Política de la Esperanza. Teoría, Cultura y Enseñanza*. Buenos Aires: Amorrortu.

Giroux, H. y McLaren, P. (1998) *Sociedad, Cultura y Educación*. Madrid: Miño y Dávila.

Lucas, J. de (2003) *Blade Runner. El Derecho Guardian de la Diferencia*. Valencia: Tirant lo Blanch.

McLaren, P. (1997) *Pedagogía Crítica y Cultura Depredadora. Políticas de Oposición en la Era Posmoderna*. Barcelona: Paidós.

Marzal, J.J. y Rubio, S. (2002) *Guía para ver y analizar Blade Runner*. Valencia/Barcelona: Nau Llibres/Octaedro.